



3. Amenazas de derechas

Las políticas migratorias en Europa y el poder de agenda de la extrema derecha

Luca Sebastiani

Si hay un elemento común a las principales formaciones de extrema derecha a nivel europeo, se trata de los planteamientos restrictivos con respecto de la inmigración. Prácticamente la totalidad de las organizaciones de este heterogéneo ambiente político apunta a los inmigrantes, preferentemente pobres y “no occidentales”, como chivo expiatorio de una supuesta degradación socioeconómica y cultural.

Es más: estas posturas se han propagado, con relativa facilidad, mucho más allá de su contexto de producción, permeando el debate político en su conjunto y siendo parcialmente asumidas por los partidos mayoritarios y las mismas instituciones de la UE. Cabe hablar de un verdadero “poder de agenda”, entendido como capacidad para establecer las prioridades programáticas, las problematizaciones relevantes, los enunciados discursivos que fijarán los términos de la discusión. En este sentido la extrema derecha ha ido recolectando éxitos a partir de finales de los 80, pues ha sabido introducir dentro del orden del día ciertas cuestiones, presentadas como fenómenos estrechamente vinculados entre sí, como la seguridad, la inmigración “ilegal” e incontrolada y la pérdida de la identidad nacional.

Este último tema, en particular, ha venido asumiendo creciente relevancia, pues la identidad hoy día es concebida o de una manera esencialista, en tanto que característica etno-cultural y deshistorizada correspondiente a un pueblo, o como atributo cívico-político, que sin embargo se considera un producto original de la tradición europea y nacional. De ahí, los tests de integración de inmigrantes establecidos por varios gobiernos sobre los “valores cívicos” o el debate lanzado por Sarkozy sobre la naturaleza de la identidad francesa.

A continuación, haré un breve recorrido histórico para señalar los procesos que han creado las condiciones de posibilidad para la existencia y difusión de esta agenda política.

Los orígenes de la cuestión: la migración como problema

En la Europa capitalista, el descubrimiento de la inmigración como hecho político relevante se da a principios de los 70, cuando los países nortños, ante la recesión económica, interrumpen las políticas de la posguerra de captación de mano de obra extranjera e inauguran una fase de (relativo) “cierre de fronteras”. Según una interpretación simplista, se cree que esos trabajadores extranjeros volverán a sus países, algo que no se produce: por el contrario, su número va aumentando en los años siguientes, a raíz de los crecientes desequilibrios creados por la globalización, la ofensiva neoliberal, el derrumbe del socialismo real y el emerger de la cuestión de los refugiados. La presencia de migrantes en este nuevo contexto se convierte en un *problema* para los diferentes gobiernos, que adoptan medidas restrictivas de varios tipos, generando así un marco político y discursivo que será explotado eficazmente por los partidos de extrema derecha. En efecto, los nuevos partidos post, neofascistas y populistas aprenderán rápidamente a politizar con éxito la cuestión migratoria, achacando la culpa de todo tipo de males a esos sujetos “Otros”, supuestamente portadores de una alteridad irreductible y competidores a la baja en el mercado laboral.

El politólogo italiano Ignazi (2006) ilustra la anterior dinámica haciendo referencia a las vicisitudes del *Front National* en Francia: en los comicios europeos de 1984, este partido irrumpe con fuerza en la escena pública, obteniendo un 11,1% de los sufragios y dos parlamentarios. Su campaña electoral se ha basado en gran parte en la problematización de la inmigración, considerada la causa de la inseguridad ciudadana, el aumento del paro y la competición por servicios sociales escasos: una situación ante la cual el FN abandera la causa de la preferencia nacional (los franceses primero). El centro-derecha tradicional (UDF y RPR), con una actitud de aprendiz de brujo, acepta el terreno de confrontación y asume buena parte de las temáticas lepenistas, legitimando un nuevo espacio político que, sin embargo, en los años venideros sería ocupado con creciente protagonismo por el mismo *Front National*. Como plantea D’Appollonia:

El uso de la xenofobia por las extremas derechas ha sido facilitado por la banalización de los prejuicios xenófobos, y esta banalización se ha visto acelerada por los partidos tradicionales cuando, intentando frenar el éxito de las extremas derechas, han adoptado posiciones similares sobre los temas de inmigración, identidad nacional, o cuestiones de seguridad (D’Appollonia, 2007: 200).

Este proceso de modificación de la agenda pública se ha dado en toda Europa, prescindiendo de las actitudes formales hacia la extrema derecha: tanto los gobiernos que le han interpuesto un “cordón sanitario”, orientado a alejarla del gobierno y aislarla, como los que la han integrado dentro de coaliciones mayoritarias han terminado aceptando su desafío en el plano de los contenidos. Así pues, la verdadera victoria de la extrema derecha ha sido la *normalización* de

su discurso y la introducción de sus principales contenidos tanto en el debate general, como en las políticas públicas oficiales. En los siguientes apartados, analizaré cómo se articula hoy día ese poder de agenda en las políticas migratorias de algunos gobiernos de países europeos.

Francia: los inicios. *El Front Nacional* como punta de lanza de la derecha xenófoba

El auge del *Front Nacional* en las europeas de 1984 consagra a esta formación como el principal partido de la emergente derecha populista y xenófoba europea. La capacidad mediática de su carismático líder Le Pen, junto con las nuevas reivindicaciones planteadas –no a la inmigración, defensa de la identidad francesa entendida en sentido reaccionario y *catolicista*, primacía nacional– convierte al FN en el primer partido anti-inmigrantes a nivel europeo y abre el camino para la estrategia de la nueva derecha en otros países.

En las últimas dos décadas, la relevancia otorgada por los lepenistas a las temáticas migratorias no sólo ha ido aumentando, sino que además ha estado asumiendo los rasgos de una marcada islamofobia. En 1991, el FN lanza su programa “Inmigración: 50 medidas concretas”, donde propone interrumpir la construcción de mezquitas y establecer un estricto control sobre los centros islámicos (Betz, 2007). En las elecciones presidenciales de 2002, con un debate general centrado en inmigración y seguridad, logra el 16,86% de los sufragios y pasa a la segunda vuelta.

Ante este éxito desbordante, asistimos a una creciente radicalización de la derecha tradicional, que puede ser refrendada observando los programas electorales del FN y la UMP en los comicios de 2007. El *Front Nacional* exige que las ayudas sociales estén reservadas para los franceses, la expulsión de todos los “ilegales”, la supresión de la reagrupación familiar, de la “*obtención automática de la nacionalidad*” y la reducción del permiso de residencia de 10 a 3 años (EFE, 2007). La UMP, por su parte, aboga por crear un específico Ministerio de Inmigración y favorecer la inmigración cualificada, propone subsidios a los *imam* musulmanes para que enseñen los “valores franceses” y se opone a la entrada de Turquía en la UE; su líder Sarkozy, además, es visto como un “duro” por el electorado, a raíz de su actuación con mano de hierro, en tanto Ministro de Interior, durante la revuelta de las *banlieues* de 2005.

Así pues, la victoria de la UMP, lejos de apuntar a una suavización de las políticas migratorias, marca su endurecimiento: tal como estaba previsto, se instituye el Ministerio de Inmigración, Integración, Identidad Nacional y Codesarrollo. Su titular, Brice Hortefeux, promueve una ley que impone, para los futuros reagrupados familiares, la organización de cursos sobre los “valores franceses” en los países de origen, el conocimiento del idioma y la firma de contratos de integración que responsabilizan al reagrupante de la conducta del reagrupado; también establece el test de ADN para comprobar la veracidad de

las solicitudes y la recogida de informaciones demográficas basadas en patrones étnicos.

Otra medida impulsada por el ejecutivo de Sarkozy, esta vez nivel comunitario, es el “Pacto Europeo sobre Migración y Asilo”, aprobado por el Consejo Europeo en octubre de 2008. Este documento, aparte de sancionar las prioridades de la UE de los últimos años, plantea unas políticas de integración “*sustentadas en el equilibrio entre los derechos (acceso al empleo, a la vivienda y a los servicios sociales) y las obligaciones de los migrantes (respeto a las leyes y a la identidad del país de acogida)*” (Ministerio de Inmigración, Integración, Identidad Nacional y Codesarrollo, 2008: 5). Traducido del lenguaje jurídico a un estilo menos altisonante, esto quiere decir que los derechos estarán condicionados al respeto a una supuesta “identidad” del país receptor, pensada en términos cada vez más culturales y esencialistas. En esta línea, a principios de 2009, el nuevo ministro de Inmigración Eric Besson lanza el citado debate sobre la identidad nacional, para reafirmar el orgullo de la pertenencia a la nación: el llamado de Le Pen a la defensa de las tradiciones y la identidad francesa encuentra un nuevo espaldarazo de parte de la derecha gubernamental.

En resumidas cuentas, aunque el FN haya sido marginado por los otros partidos políticos, ha conseguido lo más importante: que sus temáticas se trasladen al centro de la arena política y condicionen el debate público (un proceso que ha sido definido “lepenización de los espíritus”). Como el mismo Le Pen había afirmado durante los comicios de 2002: “*Todo el mundo habla como yo, me he normalizado*” (Casals Meseguer, 2003: 70).

Países Bajos: el movimiento anti-musulmán

Varios países del Norte europeo como Suecia, Dinamarca, Países Bajos han sido históricamente alabados por su Estado del Bienestar, tomado como referencia ejemplar, así como por sus políticas multiculturales y respetuosas de los derechos tanto de los migrantes como de las poblaciones originarias. Pese a todo esto en el último decenio se ha observado un giro regresivo, caracterizado por el emerger de formaciones de extrema derecha con un fuerte tinte islamofóbico. El caso holandés, donde el 8% de la población es musulmana, ejemplifica bien este fenómeno, a partir del triunfo de la Lista Pym Fortuyn en las elecciones de 2002, una formación que pese al asesinato de su líder consigue el 17% y participa, aunque por pocas semanas, en el gobierno de Jan Peter Balkenende. Este acontecimiento representa la legitimación oficial de los discursos xenófobos.

Tras la disolución de la LPM, el Partido por la Libertad representa la principal fuerza anti-inmigrantes: después de lograr el 16,9% en las últimas europeas, ha arrasado en los comicios locales de marzo en Almere y La Haya, para triplicar casi su representación parlamentaria en las elecciones generales de junio (de 9 a 24 escaños sobre 150). Su líder Geert Wilders, considerado el heredero de Pym Fortuyn y enjuiciado por instigación al odio, desarrolla un discurso económica-

“La verdadera victoria de la extrema derecha ha sido la normalización de su discurso y la introducción de sus principales contenidos tanto en el debate general, como en las políticas públicas oficiales”

mente liberal y pretendidamente defensor de las libertades civiles, que oponiéndose a la inmigración no occidental, considera al Islam como una ideología totalitaria “fascista” (comparando el Corán con el *Mein Kampf*), una cultura homogénea y opuesta a los derechos humanos, de las mujeres y los homosexuales, haciéndole el guiño a las teorizaciones de Samuel P. Huntington. Como él mismo plantea: “¿Por qué no se nos permite decir que los musulmanes deben adaptarse a nosotros, dado el hecho de que nuestras normas y valores están en un nivel más alto, mejor y más humano? No a la integración: ¡asimilación!” (Betz, 2007: 128-129). Finalmente, en la última campaña electoral, Wilders ha declarado que odia al Islam, que Mahoma era un terrorista y que cuando ve a una compatriota por la calle con un pañuelo se siente en

otro país. También ha propuesto cerrar las fronteras con los países musulmanes, prohibir el Corán y regular la venta de los alimentos *halal* (Oliver, 2010).

En el caso holandés vemos que la difusión de un sentimiento anti-inmigrantes no ha sido una mera “importación” de la extrema derecha, sino un proceso más general de cuestionamiento de la “tolerancia” tradicional, en el que los partidos de gobierno han estado implicados activamente: por ejemplo, en los últimos años se han aprobado medidas que dificultan conseguir del estatus de refugiado político, se han realizado deportaciones masivas de solicitantes de asilo y se ha establecido el *Inburgeringscursus*, un curso de integración que incluye el estudio del idioma, la cultura y los “valores holandeses”, recientemente endurecido. En este contexto general la extrema derecha no puede sino encontrarse a gusto.

Italia: la extrema derecha en el poder

En este país, al lado de formaciones de tinte neofascista y “nacional revolucionario” relativamente marginales, existen otras fuerzas anti-inmigrantes que influyen en las políticas directamente desde los puestos del gobierno. Con respecto a las primeras, hay que mencionar organizaciones como *Forza Nuova*, *Fiamma Tricolore*, *Casa Pound*, que entre otras cosas proponen el “mutuo social”, un préstamo con condiciones facilitadas para la adquisición de viviendas, sólo para ciudadanos italianos. En el área gubernamental, existen al menos tres corrientes relevantes: la Fundación “Fare Futuro”, liderada por el Presidente de la Cámara de Diputados Gianfranco Fini, ex secretario del Movimiento Social Italiano –antiguo heredero del Partido Fascista–, luego convertido en Alianza Nacional y finalmente adherido Pueblo de la Libertad de Berlusconi. Sin embargo, desde posturas abiertamente xenófobas este partido ha evolucionado hacia una derecha

conservadora clásica, incluso proponiendo para los migrantes el derecho al voto en las elecciones administrativas. En segundo lugar, está el partido *La Destra*, que ha oscilado entre posiciones filo-gubernamentales y planteamientos más “críticos” y “sociales”, cuya portavoz Daniela Santanchè ha declarado en un programa televisivo que Mahoma era un pedófilo. Finalmente, está el partido más claramente racista e influyente en la arena política, la populista Liga Norte: su discurso no tiene nada que envidiar al *Front National*, siendo incluso más burdo y grosero. Por ejemplo, su exponente Mario Borghesio ha sido protagonista de repetidos episodios racistas, como esparcir heces de cerdo en un terreno destinado a la edificación de una mezquita, o irrumpir en un tren echando perfume para “desinfectarlo” de la presencia de migrantes. Roberto Calderoli, ministro en varias ocasiones, ha declarado con respecto de los musulmanes: “*Si piensan que la suya es una gran civilización, que lo demuestren. De otro modo, la puerta está siempre abierta. Dejémosles volver al desierto a hablar con los camellos, o a la jungla a hablar con los monos*” (Betz, 2007: 120-121). Antes que de “efecto agenda”, se debería hablar de profunda imbricación entre el ejecutivo de Berlusconi y la derecha racista: lo cual bajo ningún concepto quiere decir que los anteriores gobiernos de centroizquierda hayan sido de manga ancha.

En efecto, la ley “Turco-Napolitano” (1998), aprobada por el gobierno de Prodi, ha sido la primera en establecer los Centros de Permanencia Temporal (ahora CIEs). Su reforma a manos de la derecha, la ley “Bossi-Fini” (2002), no hace sino endurecer las medidas represivas ya presentes, por ejemplo previendo la expulsión inmediata de los “irregulares”. Es que en este país el discurso *seguritario* asume dimensiones increíbles: si en 2008 el gobierno se dispone a realizar un fichaje colectivo de la población gitana (ante las descafeinadas quejas de la UE), en 2009 aprueba el “paquete seguridad”, que crea el delito de inmigración ilegal, aumenta la retención en un CIE hasta a seis meses, encarcela a quien alquile inmuebles a indocumentados y liberaliza las “rondas”, milicias privadas no armadas. En enero de 2010, justo después de los conocidos sucesos de Rosarno, Berlusconi declara: “*Una reducción de los extracomunitarios en Italia significa menos fuerzas para engrosar las filas de los criminales*” (Velasco, 2010).

Finalmente, el tema de la integración local, más aún en estos tiempos, asume una renovada centralidad, traduciéndose en una fuerte conflictividad alrededor del reparto de los servicios sociales, fomentada por “alcaldes sheriff” como el de Adro, que en abril, bajo el lema de la preferencia nacional, ha aprobado la exclusión de niños inmigrantes de los comedores escolares, con el pretexto de la insolencia de los padres. También en el sur hemos asistido a casos como el de Foggia, donde se ha establecido una línea de autobuses, de hecho, sólo para los extranjeros residentes en un cercano centro de “acogida”: la palabra *apartheid* no suena nada exagerada. Por último, se ha instituido un permiso de residencia por puntos que prevé el conocimiento del idioma y de los “valores cívicos”, parecido al de otros países: incluso se podrán perder puntos por multas de tráfico.

Estado español: el derechismo sin la extrema derecha

En el caso que nos afecta más de cerca, aunque falte una extrema derecha estatal relevante, los partidos gestionarios se han encargado de recoger ciertas problematizaciones, trasladándolas al centro de la arena pública. En las últimas elecciones generales los dos principales candidatos se han disputado el premio a la dureza en materia de regularizaciones, como muestra la famosa polémica sobre el “bono bus”. Por su parte, el PP proponía un contrato de integración para que los inmigrantes se comprometiesen a “*cumplir las leyes, aprender la lengua y respetar las costumbres de los españoles*” (EFE, 2008). Entre las medidas del ejecutivo socialista, cabe recordar en 2008 el establecimiento de incentivos económicos para el retorno voluntario de inmigrantes *legales*. En junio del mismo año, los eurodiputados del PSOE contribuyen a la aprobación de la “Directiva de la Vergüenza”, que entre otras cosas prevé la extensión del tiempo de internamiento en un CIE hasta 18 meses y la prohibición para los expulsados de volver a la UE durante 5 años. Un año después, el gobierno aprueba la reforma de la Ley de Extranjería (L.O. 2/2009), que acogiendo la Directiva amplía el plazo de internamiento a 60 días, restringe las condiciones para la reagrupación familiar y en general conlleva un endurecimiento de las medidas securitarias y de control. En esta misma línea, ha causado sensación la reciente circular 1/2010 sobre las “expulsiones express”, que prevé la detención preventiva de cualquier inmigrante que al ser identificado no pueda aclarar su condición, una medida criticada hasta por el Sindicato Unificado de Policía.

Al lado de las políticas estatales, estamos asistiendo a crecientes conflictos de tipo local, como muestran los casos de Vic, Torrejón de Ardoz, El Vendrell, Llavanes y Badalona, sólo para citar los más conocidos. El crecimiento de Plataforma per Catalunya (PxC), una formación populista, derechista y anti-inmigrantes, radicada sobre todo en ciudades de pequeñas y medianas dimensiones, parece confirmar la hipótesis de que en los años venideros podría haber una progresión de las formaciones xenófobas en este nivel, “de abajo arriba” y a través de éxitos electorales locales, no “de arriba abajo” como en Francia (Casals Meseguer, 2007: 486).

Además, el auge de PxC está desplazando la agenda política local, autonómica y quizá estatal: en Vic la administración ha prestado cada vez más atención a las propuestas de PxC, tanto que el PSC se niega a romper con la coalición con el pretexto de no favorecer a la formación populista. Por otro lado, la utilización de parte del PP en clave electoral, tanto de la polémica sobre el padrón, como de la controversia surgida a raíz de la entrega de un panfleto racista contra la población rumana en Badalona, como de las numerosas resoluciones contra el “burka” presentadas en diferentes plenos municipales –entre los cuales Barcelona–, muestra la naturaleza profundamente acogedora de este partido hacia las reivindicaciones anti-inmigrantes. No por casualidad, la presidenta del

PP catalán, Alicia Sánchez-Camacho, ha declarado que ante las inminentes elecciones catalanas centrará la propaganda de su partido en la inmigración “ilegal”.

Por su parte, la izquierda social liberal está prisionera de un razonamiento perverso, según el cual la mejor forma de oponerse a la extrema derecha –salvo la competencia desde una lógica puramente electoral– es escucharla y asumir los elementos de “verdad” presentes en sus argumentaciones. En lugar de cuestionar las políticas de recortes sociales que constituyen el caldo de cultivo de los “brotes racistas”, o de poner en tela de juicio las formaciones que los fomentan, prefiere asumir su explicación: que los problemas derivarían de una creciente presencia de inmigrantes.

En conclusión, vemos que en el Estado Español, el hecho de que la extrema derecha no tenga representación parlamentaria, no quiere decir que esté ausente de la vida pública, ni por lo que respecta a su insidiosa presencia en ciertos contextos locales, ni por lo que se refiere a la asunción de sus discursos y reivindicaciones de parte de otras formaciones.

Algunas observaciones como conclusión

En este artículo he intentado mostrar la relevancia del poder de agenda de la extrema derecha en materia de discursos y políticas públicas migratorias. A pesar de que sería simplista pensar que el carácter crecientemente restrictivo de las medidas sobre migración depende simplemente de este factor, tampoco sería sensato minusvalorar su importancia. Por otro lado, los cuatro casos traídos, lejos de mostrar hechos aislados y puntuales, ejemplifican una dinámica más general que se está dando en todo el continente europeo, y que con diferentes matices afecta prácticamente a todos sus países: de Hungría a Serbia, pasando por Inglaterra, Suiza, Bélgica, Rumanía... y aún el listado podría ser muy largo. Aunque la legitimidad formal de la extrema derecha y su colocación en el arco institucional difiera de país a país, aunque las diferentes idiosincrasias nacionales hagan que los asuntos relevantes en tema de migraciones puedan ligeramente variar (islamofobia, integración, “pateras”, racismo hacia las minorías...), la dinámica general se ha manifestado de manera parecida en todas partes: la banalización del racismo y la consideración de la migración como problema han abierto las puertas a la extrema derecha, que ha sabido aprovecharse del nuevo espacio político para colar sus discursos racistas, legitimarse socialmente e influir en la agenda política mucho más allá de su peso electoral (por otro lado, creciente y peligroso): en fin, la extrema derecha ha conseguido *lepenizar los espíritus*.

Por otro lado, la actitud extremadamente “prudente” de la UE, por no hablar de condescendencia y responsabilidad, se ha traducido en condenas “hiper-suavizadas”, críticas no seguidas de acciones reales o simplemente en hacer la vista gorda. Tampoco pueden explicarse las políticas comunitarias sólo a través del poder de agenda de la extrema derecha, cuando a pesar de su fortalecimien-

to electoral, la izquierda social liberal y los populares co-gobiernan de manera férrea en todas las materias más relevantes: más bien puede decirse que las políticas comunitarias se han “aprovechado” de la existencia de fuerzas xenófobas, en la medida en que su peligrosidad social y electoral les ha servido de útil pretexto para invisibilizar el *racismo institucional* y de las élites políticas (Van Dijk, 2003). Medidas recientes como la “Directiva sobre la Tarjeta Azul”, que tiende a fragmentar los derechos y condiciones de la mano de obra migrante dependiendo de sus cualificaciones laborales, muestran claramente que el verdadero objetivo de la UE no es el de suprimir la inmigración “ilegal”, sino de “clandestinizar” amplios sectores de fuerza de trabajo, criminalizarlos y marginarlos para favorecer su mejor explotación y rentabilización.

En última instancia, las migraciones para la UE capitalista no dejan de ser una cuestión principalmente económica: lamentablemente, ante las crecientes contradicciones producidas por la profunda crisis social, económica y medioambiental, es de esperar que el colectivo migrante se convierta aún más en un chivo expiatorio de los fallos del sistema, y que los partidos de extrema derecha sigan encontrando un terreno muy fértil.

Luca Sebastiani es becario FPU del Plan Propio de la UGR, Departamento de Antropología Social.

Bibliografía:

- Betz, H. (2007) “Contra el ‘totalitarismo verde’: nativismo antiislámico en los populismos radicales de derecha en Europa occidental”. En A. Simón (ed.) *La extrema derecha en Europa desde 1945 a nuestros días*. Madrid: Tecnos.
- Casals Meseguer, X. (2003) *Ultrapatriotas*. Barcelona: Crítica.
- Casals Meseguer, X. (2007) “La extrema derecha en España (1945-2005)”. En A. Simón (ed.) *La extrema derecha en Europa desde 1945 a nuestros días*. Madrid: Tecnos.
- D’Appollonia, A.C. (2007) “Xenofobia y extremas derechas en Europa”. En A. Simón (ed.) *La extrema derecha en Europa desde 1945 a nuestros días*. Madrid: Tecnos.
- EFE “Le Pen arremete contra la inmigración y pide privilegios para los franceses”. *ELPAIS.com*, 25/02/2007, www.elpais.com/articulo/internacional/Le/Pen/arremete/inmigracion/pide/privilegios/franceses/elpepuint/20070225elpepuint_3/Tes.
- EFE “Rajoy quiere obligar a los inmigrantes a ‘respetar las costumbres de España’”. *ELMUNDO.es*, 06/02/2008, www.elmundo.es/elmundo/2008/02/06/espana/1202304058.html.
- Ignazi, P. (2006) *Extreme Right Parties in Western Europe*. Oxford: Oxford University Press.
- Ministerio de Inmigración, Integración, Identidad Nacional y Codesarrollo (2008) *Pacto Europeo sobre Inmigración y Asilo*. París: República Francés.
- Oliver, J. “El ascenso de los ultras convierte a Holanda en un polvorín social”. *La Voz de Galicia.es*, 11/06/2010, www.lavozdeg Galicia.com/mundo/2010/06/11/0003_8542450.htm.
- Van Dijk, T.A. (2003) *Racismo y discurso de las élites*. Barcelona: Gedisa.
- Velasco, I.H. “Menos inmigrantes significa menos crimen”. *ELMUNDO.es*, 28/01/2010, www.elmundo.es/elmundo/2010/01/28/internacional/1264689284.html.